

El pensamiento político del Karl Marx económico. El *valor* como nervio político del orden social capitalista*

José G. Giavedoni**

Resumo:

El artículo tiene como objetivo proponer una lectura política del capitalismo desde las categorías asociadas al análisis económico de Marx. Al análisis del poder político en torno a la figura del Estado, la religión, las ideologías, analizar el cordón umbilical e invisible que configura la sociedad, solidificando el vínculo social y consolidando las relaciones sociales de manera imperceptible pero muy poderosa. El cordón umbilical es el valor entendido como relación social y, por tanto, no puede comprenderse plenamente la naturaleza política del capitalismo sin entender la dominación que expresa el valor.

Para ello, nuestras fuentes de análisis son principalmente, pero no exclusivamente, las obras en las que Marx comienza a perfilar su análisis del capitalismo. El valor sigue siendo el cemento de la sociedad, la red de poder que une la sociedad, que organiza y regula las relaciones sociales, es decir, el nervio político del Capital.

Palavras-chave: valor; política; poder; capitalismo; Marx.

The Political Thought of the Economic Karl Marx. Value as the Political Nerves of the Capitalist Social Order

Abstract:

This article proposes a political reading of capitalism using the categories associated with Marx's economic analysis. It adds to the analysis of political power in the hands of the State, religion, ideologies, an analysis of the invisible umbilical cord that configures society, soli-

* Quisiera agradecer a Atilio Borón las sugerencias y el permanente estímulo al pensamiento crítico, su colaboración para el presente trabajo ha sido inestimable. Por otro parte, el reconocimiento al Seminario de El Capital que llevamos adelante en el CEFMA desde hace cuatro años, ha sido un espacio de abono para las discusiones de las que se nutre el presente trabajo.

** Doctor en Ciencia Política; profesor de Teoría Política en la Facultad de Ciencia Política y RRII de la Universidad Nacional de Rosario; investigador asistente del CONICET; responsable del CEFMA (Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor Agosti) de la Provincia de Santa Fe, Argentina. End. eletrônico: josegiavedoni@hotmail.com

difying social ties and consolidating social relations in an imperceptible but very powerful manner. The umbilical cord is value understood as social relation and, therefore the political nature of capitalism cannot be fully understood without understanding the domination that value expresses. Our sources for this analysis are mainly, but not exclusively, the works in which Marx begins to shape his analysis of capitalism. Value continues to be the cement of society, the network of power that unites society, which organizes and regulates social relations, that is, the political nerves of capital.

Keywords: value; politics; power; capitalism; Marx.

Introducción

¿Qué se propone con un lectura política del Marx económico? En primer lugar, se propone realizar una lectura que pueda dar cuenta de los elementos políticos en las dimensiones que suelen pensarse como más económicas.

En segundo lugar, una lectura que discuta con aquella que hace ver al capitalismo como un modo eticamente condenable. De esta última se infiere la posibilidad de diferenciar entre capitalismo bueno y capitalismo malo, en la medida en que la disputa se desplegaría en la esfera de la distribución, particularmente la distribución de la riqueza o, en el mejor de los casos (si es posible hablar así), en la esfera de la producción pero donde nunca se alterarán en grado suficiente las relaciones de explotación y que, en su defecto, se *aggiornará* con referencias a producciones sostenibles ecológicamente, sustentables, etc. El capitalismo produce desigualdades no por maldad, ni por efecto no deseados, sino porque la necesita, produce desigualdad porque consume vorazmente desigualdad.

En tercer lugar, una lectura política del Marx económico obliga a pensar las categorías que se presentan no cosificadas, no fetichizadas, sino como tensiones y contradicciones permanentemente en juego, como categorías que encierran relación de poder o, con mayor precisión, categorías que dan cuenta de las relaciones de dominación. A partir de estas tres líneas pretendemos desarrollar un acercamiento político al Marx “económico” haciendo un análisis de su obra “madura”.

El Capital como relación social: contra el fetichismo del Estado

¿Cómo hablar del pensamiento político de Marx a partir de su pensamiento económico? ¿Cómo hablar del pensamiento político de Marx, no desconociendo sus trabajos e intervenciones donde lo político resuena de manera evidente y transparente, sino corriéndolos momentáneamente de escena, para centrarse en sus trabajos más tardíos, aquellos que se reconoce dedicados a la economía?

En uno de sus trabajos Atilio Borón advierte sobre el fetichismo democrático (2009: 23, 29), a partir del cual nos permitimos hablar de fetichismo Estatal. Así como el fetichismo de las mercancías alude a la separación entre los productores y sus mercancías, donde éstas últimas toman vida propia y se presentan como

los verdaderos sujetos de la vida social, cuando en realidad no son más que expresión de las relaciones sociales, el fetichismo del Estado tiende a hacer recaer en éste el motor de la vida social, el sujeto político que contienen las relaciones de poder y el fenómeno de la dominación social. De alguna manera, porque no pensar en la crítica que un Michel Foucault (2000) le realizara al pensamiento político de que aún no ha guillotinado al rey, de que continúa pensando el poder en términos de Estado y soberanía.

El Capital refiere a un modo específico e histórico de producción y dominación social, un orden social cuyas relaciones sociales de dominación se encuentran a la vista, son ciertamente concretas, en la figura del Estado, sus aparatos represivos e ideológicos. Sin lugar a dudas, estos elementos son centrales para explicar parte de la configuración de la dominación en el orden social capitalista, pero sólo en parte. El orden social capitalista también alberga en su seno relaciones sociales de dominación de carácter estructural, abstracto, impersonales (Postone, 2006), que no son fácilmente aprehensibles observando las relaciones directas de dominación, sino observando aquellos elementos propios del Capital: el trabajo, la mercancía, el valor, el plusvalor, el dinero y, observándolos en tanto relaciones sociales, no en tanto cosas o atributo de las cosas, por ello la importancia de desfetichizarlos en la lectura que se propone. Entendemos la necesidad de pensar las condiciones estructurales de dominación como constricciones que escapan a nuestra voluntad. Así como expresa Marx cuando dice que “dado que el individuo no puede eliminar su carácter determinado personal, pero puede superar y subordinar a él las relaciones externas, en el segundo caso su libertad *parece* ser mayor. Pero un análisis más preciso de esas relaciones externas, de esas condiciones, muestra la imposibilidad por parte de los individuos de una clase, etc., de superar en masa tales relaciones y condiciones sin suprimirlas” (2011a: 91). La libertad parece mayor, pero los condicionamientos de clase son tales que no se puede escapar de ellos sin suprimirlos por completo. A modo de ejemplo, podemos resistirnos al tiempo que nos impone el trabajo capitalista, podemos resistir contra el dispositivo-reloj y desobedecer su orden de levantarnos todas las mañanas para asistir al trabajo, sin embargo, este acto de resistencia individual no evitará que continuemos atrapados en las condiciones estructurales que impone el Capital, la resistencia contra el dispositivo-reloj nos convertirá en individuos que pasaremos a engrosar las filas del ejército industrial de reserva.

En este sentido, la dominación en el capitalismo se fetichiza en la forma-Estado como la forma general de su aceptabilidad y se camufla bajo la forma-valor como si ésta fuese sólo un elemento del campo económico, además de transhistórico, compartido por cualquier modo de producción. Por lo tanto, la tarea es desfetichizar el *valor* para lograr verlo como una relación social y, por lo tanto, en su dimensión política o, parafraseando a Marx, se humaniza al Estado

transformándolo en el sujeto principal del mundo, en el hacedor, y se cosifica la relación *valor* transformándolo en un mero atributo que guardan las mercancías.

Una lectura política obliga a pensar las categorías marxianas no cosificadas, no fetichizadas, sino como tensiones y contradicciones permanentemente en juego. De esta manera, si bien la ‘plusvalía’ refiere a la explotación del trabajador por parte del capitalista, en lo esencial refiere a la relación social entre ambos como lucha de clases. En palabras del propio Marx, “...la naturaleza específica de la mercancía [fuerza de trabajo] vendida trae aparejado un límite al consumo que de la misma hace el comprador, y el obrero reafirma su derecho como vendedor cuando procura reducir la jornada laboral a determinada magnitud normal” (2012:282), de esta manera, la lucha de clases se expresa en el análisis de la producción de plusvalía, alargar la jornada laboral, incrementar la explotación del trabajo ajeno, frente a la reducción de la jornada, el incremento salarial no condicionado por el aumento de la productividad. El Capital es una relación social, un orden social que se produce y reproduce las relaciones sociales imponiendo trabajo, en la medida que consume trabajo ajeno en el marco de la relación dialéctica entre trabajo muerto en los medios de producción y trabajo vivo. Esta imposición de trabajo implica una relación social que se expresa en la lucha de clases, por lo tanto, no se trata de una dominación maciza, sino de una relación sujeta a tensiones, resistencias, desplazamientos. Las categorías de análisis que se presentan no dan cuenta de una dominación maciza del capitalista sobre el trabajador, sino de una relación conflictiva entre capital y trabajo, que se personifica en luchas concretas, pero que es constitutiva de la dinámica misma del capitalismo.

Esto nos obliga a hurgar en el componente dialéctico de la obra en la medida que la misma permite observar las tensiones y contradicciones como motor de la dinámica y desarrollo histórico. En tal sentido, si optamos por leer la obra, no en términos de dominación maciza del capital sobre el trabajo, sino en términos de tensiones y contradicciones permanentes, estaremos también admitiendo el carácter transitorio del capitalismo ya que lo entenderemos, no como una cosa, sino como un proceso y, por lo tanto, como movimiento, cambio y transformación, pero que no se produce de forma pacífica y paulatina, sino abrupta y violenta. De lo que se trata es de recuperar, como pretendiera el propio Marx, la capacidad intuitiva del método dialéctico que nos permita observar los fenómenos sociales en términos de proceso, de cambio, transformación y movimiento. Así, el *valor* es una sustancia en proceso, no es una cosa, una contradicción en proceso (Marx 2011b: 229). El *valor* es tal porque lo reconocemos en un proceso de valorización, está siempre en movimiento, caso contrario sería mero dinero atesorado e inútil, el movimiento es su modo de existencia.

Cuando la circulación se detiene, el valor desaparece y todo el sistema se viene abajo. Consideremos lo que sucedió a continuación del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York: todo se detuvo. Los aviones dejaron de volar y los puentes y carreteras quedaron cerrados. Al cabo de tres días, poco más o menos, todo el mundo se dio cuenta de que el capitalismo colapsaría si las cosas no volvían a ponerse en movimiento. Por eso el alcalde Giuliani y el presidente Bush aparecieron de pronto en televisión pidiendo a la gente que sacara las tarjetas de crédito y saliera de compras, volviera a ir a los teatros y cines de Broadway y a los restaurantes (Harvey, 2014: 20).

Como dinámica y proceso requiere observarlo en movimiento y, por lo tanto, en el marco de las relaciones sociales que le dan existencia: “El valor, pues, se vuelve valor en proceso, dinero en proceso, y en ese carácter, capital. Proviene de la circulación, retorna a ella, se conserva y multiplica en ella, regresa de ella acrecentado y reanuda una y otra vez, siempre, el mismo ciclo [...] En realidad, pues, D-M-D’, tal cual se presenta directamente en la esfera de la circulación, es la fórmula general del capital” (2012:189-190). Entender al Capital como relación social, es entenderlo como relaciones sociales de poder, de lucha, de violencia, así también el *valor*. De esta manera, como expresa Kohan (2014), si nuestra pretensión es recuperar el componente de relación social de poder que tiene el *valor*, el trabajo, el dinero, el capital, la lógica dialéctica como lógica de las relaciones es sustancial al abordaje.

En otras palabras, alentar una lectura política de los textos marxianos es, al mismo tiempo, alentar su lectura dialéctica, estimulando a reconocer el carácter de tensión, contradicción y movimiento que existen en los procesos sociales.

El *valor* como el nervio del orden social capitalista

El Che, recuperando el espíritu de Marx en *El Capital*, expresa en el famoso artículo que enviara al Semanario Marcha dirigido por Carlos Quijano:

“El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino. Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que este se percate”, y más adelante, “la mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia” (1988: 6-8).

Este fragmento señala a la perfección la preocupación que nos mueve, la existencia de modos de sujeción invisibles que constituyen el entramado social,

el cordón umbilical que liga a la sociedad en su conjunto. Por un lado, un cordón umbilical que ata al individuo a la sociedad sin recurrir directamente a la fuerza y, por otro, la mercancía provocando efectos al nivel de la producción, a nivel social y al nivel de la conciencia. La toma del poder el 1° de enero de 1959 manifiesta el momento donde se trastoca aquella relación de dominación directa y tangible expresada en el Estado pero, como lo señala el Che en 1965, al mismo tiempo, inaugura el proceso más prolongado de trastrocamiento de aquella dominación más imperceptible que echa raíces en la conciencia, ese cordón umbilical que hace carnadura en la materialidad de la sociedad misma al constituir su malla de poder, su soporte y reproducción.

Veamos que ya en la década del 40 Marx identificaba con claridad las relaciones sociales como soporte de los fenómenos económicos. En “Trabajo asalariado y Capital” Marx expresa: “un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en *capital*. Arrancada de estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí *dinero*...” (1973: 36). Podemos agregar, un hombre y una mujer no son más que un hombre y una mujer, sólo en determinadas condiciones se convierten en trabajadores asalariados, condiciones signadas por la expropiación de sus medios de producción y la constitución del *valor* como nervio de la sociedad. Esta dominación se expresa a través de la forma-valor que manifiesta un tipo de riqueza social que se enfrenta al trabajo vivo del trabajador (Marx 2012: 44). Reiteramos, esto no implica desconocer la dominación que brota de una entidad como el Estado, sino el énfasis en la dominación que brota del *valor* como forma de riqueza social producida por la específica modalidad de producción capitalista.

En los *Grundrisse* Marx aborda el componente político, las relaciones de dominación de manera muy clara, estableciendo con absoluta sencillez una distinción entre la dominación personal directa y la dominación personal indirecta o, más bien, dominación impersonal. Marx señala que “cada individuo posee el poder social bajo la forma de una cosa. Arránquese a la cosa este poder social y habrá que otorgárselo a las personas sobre las personas. Las relaciones de dependencia personal (al comienzo sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia *respecto a las cosas* es la segunda forma importante en la que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio” (2011a: 85). Se transforman las relaciones sociales,

de ser relaciones de dependencia y dominación directa entre las personas, de servidumbre, de esclavitud, de vasallaje, emerge la libertad como momento de resurgir de los hombres, rompen esos lazos de dependencia directa, constituyéndose en seres libres, pero ésta, en el capitalismo, es condición y soporte sobre los que se montan las formas de sujeción impersonales. La malla del poder en el orden social capitalista se constituye gracias a la libertad, no frente a ella ni a pesar de ella, por ello lo paradójico es que las libertades ganadas en el capitalismo traen como efecto la consolidación de las sujeciones y dependencias a las cosas, en efecto, la consolidación del *valor* como nervio de la sociedad. Por ello el capitalismo debe producir permanentemente libertad, porque la consume de modo incesante, el camino sin frenos hacia la plena libertad es el camino hacia el reinado del *valor* como cordón umbilical de la sociedad.

Para que un hombre pueda vender una mercancía en el mercado, es necesario que tenga libertad de disposición sobre la misma, que sea su propietario, no tienen que existir obstáculos para ese intercambio de equivalentes que se da en el mercado, no debe estar sujeto a ninguna relación personal de dependencia (como el esclavo, el siervo de la gleba o el aprendiz de oficio en un gremio): "... obrero libre, libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo" (2012: 205. Ver cita 7). Es decir, jurídicamente libre por carecer de relaciones de dependencia y materialmente libre por carecer de los medios de producción necesarios para su reproducción. La primera ofrece la posibilidad de enajenar su mercancía, la segunda hipoteca aquella "posibilidad" y obliga al trabajador a enajenarla. Esta libertad que se traduce en una independencia personal, es decir, independencia directa respecto a otras personas, se reconfigura como una dependencia a través de las cosas. En otras palabras, si las relaciones sociales se creaban y recreaban sobre la base de dependencias personales, el capitalismo inaugura dependencias de carácter abstractas e indirectas a través de las cosas.

Con estas dependencias nos referimos al modo en que se produce y reproduce el orden social, las relaciones sociales capitalistas. Por ello, que sean de carácter abstracta e impersonal no significa que no sean políticas, sino que las relaciones de poder se encuentran inscritas en el interior de lo que *aparece* como fenómenos económicos, técnicos, como elementos, cosas, actividades (el capital, el trabajo, el dinero). Esta dependencia es el *valor* como relación social y, en ese sentido, la relación entre las personas se transmuta en relación entre las cosas, los hombres y mujeres se relacionan a través de las cosas, cosas que guardan un componente humano, el trabajo humano abstracto, que es ni más ni menos lo que permite ponerlas en contacto y establecer relaciones, identificar su carácter

social. Se trata efectivamente de una relación humana cosificada, ya que son las cosas las que entran en relación entre sí, la sociabilidad aparece como propiedad de las cosas y, por lo tanto, la malla que vincula a los individuos, el pegamento que une la sociedad deviene de las actividades cosificadas de los individuos (es decir, del trabajo abstracto, no del trabajo concreto, creador), del tiempo como medida de la riqueza y del dinero, en otras palabras, del *valor* contenido en las mercancías. Podemos decir, retomando la cita de los *Grundrisse*, el entramado de poder en la sociedad remite al segundo estadio de la forma social, sin embargo, continuamos pensando al primero como forma predominante de ejercicio del poder, tal vez de manera más complejo alrededor de la figura del Estado que no implica una relación personal directa de dominación, pero sí como forma visible, tangible y exterior a las relaciones sociales mismas.

El fetichismo de la mercancía toma al *valor* como un atributo de la cosa (esta cosa cuesta tanto, tiene determinado valor) y no como una relación social. Sin embargo, el *valor* es una relación social porque expresa una forma específica de trabajo (“El trabajo en sí mismo no da valor al producto, sino sólo el trabajo que es organizado en determinada forma social [en la forma de una economía mercantil]”, Rubin 1974: 121), expresa un producto creado específicamente para ser vendido en el mercado donde entra en diálogo con otros a través de su igualación por el dinero, lo que transforma el producto en intercambiable. Rubin lo expresa de la siguiente manera: “...el *valor* no caracteriza a las cosas, sino a las relaciones humanas en que se producen las cosas. No es una propiedad de las cosas, sino una forma social que adquieren las cosas por el hecho de que las personas entran en determinadas relaciones de producción mutuas a través de las cosas. El valor es una relación social tomada como una cosa, una relación de producción entre personas que adopta la forma de una propiedad de las cosas” (1974: 122). Lo que debemos considerar como elemento central que se desprende de esta afirmación, es que la extensión de las relaciones sociales del Capital, implican la generalización de la forma-valor como elemento ordenador de las mismas o, en otras palabras, la creciente mercantilización no sólo supone la generalización de los valores de uso y de la cultura del consumo, sino la imposición de la forma-valor como determinante estructural de las relaciones sociales, como la malla de la sociedad, como cemento de la sociedad. Como señala Rubin, el *valor* no expresa cualquier relación humana, sino relaciones sociales de producción, por ello ante la generalización de la forma-valor se advierte la colonización de las relaciones sociales de producción en todo ámbito de la vida.

El *valor* como nervio del orden social capitalista expresa un tipo específico de trabajo, no el trabajo privado y concreto, sino que es la pérdida de concreción lo que permite igualar el producto del trabajo en tanto *valor* con otras mercancías, por lo que el trabajo adquiere carácter social. Existen multiplicidad de trabajos,

heterogéneos, múltiples y diferentes, trabajos concretos y, en este sentido, no hay nada que permita ponerlos en diálogo entre sí. Pero la mercancía no debe ser entendida sólo como un objeto útil, para algunos más y para otros menos, pero útil al fin, ya que sólo un aspecto de la mercancía, una dimensión de la misma puede ser pensada como objeto útil (valor de uso), pero justamente la dimensión menos interesante políticamente porque el nudo de la cuestión se encuentra depositado primordialmente en la dimensión del *valor*; la relación social y la forma histórica específica que guarda la mercancía. El trabajo ha creado valores de uso a lo largo de la historia, sin embargo, el capitalismo inaugura un tipo específico de trabajo, que le da su forma social. En este sentido, si entendemos el Capital como una relación social, una relación social de lucha de clases, la mercancía es fundamentalmente la imposición de esa relación social de dominación, es la forma que encierra las relaciones sociales de lucha de clases “...obligando a la gente a vender una parte de su vida como fuerza de trabajo en forma mercantil para sobrevivir y ganar algún acceso a la riqueza social” (Cleaver 1985: 182). Las relaciones de poder en el capitalismo se expresan en la forma mercancía, obligando a la clase trabajadora a convertirse en fuerza de trabajo o, como dijera claramente Marx, “lo característico no es que se pueda comprar la mercancía fuerza de trabajo, sino que la fuerza de trabajo aparezca como mercancía” (2009: 36). De aquí que, como lo mencionamos anteriormente, cuando se alude al fenómeno de la creciente mercantilización de la sociedad, no se esté indicando la expansión creciente de los valores de uso a todos los rincones sociales, sino la imposición y generalización del *valor* como medida de todas las relaciones sociales. Marx comienza *El Capital* analizando la mercancía porque la sociedad capitalista es un enorme arsenal de mercancías, pero sobretodo, porque en la estructura de la mercancía encuentra contenidas las claves para desentrañar el orden social capitalista y sus relaciones de dominación abstractas e impersonales.

Prescindiendo del carácter útil de las mercancías y de los trabajos que las producen, lo que nos queda es gasto productivo de cerebro, músculo, nervio, mano, etc., es decir, trabajo humano indiferenciado: “Así como los *valores de uso* chaqueta y lienzo son combinaciones de actividades productivas orientadas a un fin que se efectúan con paño e hilado, y en cambio los *valores* chaqueta y lienzo sólo son mera *gelatina homogénea de trabajo*, también los trabajos contenidos en dichos *valores* no tienen validez por su relación productiva con el paño y el hilado sino sólo como *gasto de fuerza humana de trabajo*” (2012: 55). El trabajo abstracto refiere al trabajo productor de mercancías, pero prescindiendo de su concreción como trabajo del sastre, del zapatero, etc. sino en tanto actividad de gasto de fuerza e inteligencia productiva. La dimensión de trabajo abstracto emerge en el modo de producción capitalista y, por lo tanto, se encuentra históricamente situado, en la medida que permite homogeneizar los diversos trabajos, permite

obviar sus diferencias cualitativas e identificar el elemento común a todos ellos: el tiempo de trabajo socialmente necesario dedicado a producir mercancías, en otras palabras, el *valor*. Las mercancías poseen *valor* en cuanto expresan la misma unidad social, el trabajo humano abstracto. Este trabajo abstracto es la forma específicamente histórica y social que adquiere el trabajo en el orden social capitalista. La forma material del trabajo, como proceso técnico nada dice sobre la forma social: trabajo que se iguala a otros en función de la medida-tiempo, del que resulta una mercancía cuya característica es la de ser intercambiable por otras, precisamente, por contener trabajo abstracto productor de *valor*.

El valor de una mercancía está dado por el **tiempo** de trabajo socialmente necesario para producirla, sea cual sea esta mercancía, un par de zapatillas o un trabajador o trabajadora, de aquí la necesidad imperiosa de controlarlo, en el control de sus instantes se encuentra el secreto de la plusvalía. El tiempo de trabajo socialmente es el elemento central y determinantes: “Los átomos de tiempo son los elementos de la ganancia” (Marx, 2012: 292). En este sentido, estamos en condiciones de expresar que la lucha de clases en el modo de producción capitalista se expresa, en gran medida, en el control del tiempo y, en este sentido, la duración de la jornada laboral es uno de los aspectos (no el único) en donde aquella se manifiesta. Todo tiempo que no esté abocado a la producción es tiempo que se le sustrae al Capital, por ello la necesidad por parte del Capital de eliminar todos los poros improductivos, de transformar todo tiempo de ocio en tiempo de producción, de hacer todo tiempo libre tiempo productivo.

En el proceso de intercambio, los dos poseedores de mercancía se encuentran en el mercado pero no pueden entrar en diálogo en tanto y en cuanto hablen dialectos diferentes, esto conduce a la falta de entendimiento. Precisamente, es necesario encontrar un lenguaje común, un rasgo que compartan aquellos bienes que son producto de trabajos diferentes y que satisfacen necesidades diferentes. Este lenguaje común es el dinero, el traductor que permite poner en diálogo a esas dos mercancías en la medida que en él se reconoce el elemento común que ellas contienen: trabajo humano general e indiferenciado, trabajo abstracto, gasto de fuerza de trabajo sin considerar la forma concreta en que se gasta la misma. El dinero es la forma cosificada que asumen las relaciones sociales en la esfera del intercambio. Ahora bien, Marx advierte que el mismo secreto que guardan las mercancías de ser los jeroglíficos del entramado social y las relaciones de dominación abstracta, es el secreto que guarda el **dinero**, de ser expresión del trabajo humano abstracto, en este sentido, no es mero facilitador de intercambios, sino materialización que expresa las relaciones de dominación impersonales en torno al elemento que configura el orden social capitalista: el *valor*.

De aquí se desprende la importancia de la esfera de la circulación de mercancías, del intercambio, como espacio de realización de plusvalía y como espa-

cio de encuentro y reconocimiento de las mercancías, es decir, espacio donde el trabajo humano que contienen entra en escena a partir de la posibilidad de reconocimiento mutuo entre ellas, de la extraña afinidad que encuentran a pesar de sus notables diferencias. Al respecto, “así como el hombre nunca conocería su propio aspecto si no se encontrara con otros hombres, sus semejantes, o si no se viera en un espejo, de la misma manera ninguna mercancía puede determinar su valor mientras no se ha encontrado con otras mercancías” (Lapidus y Ostrovitianov 2002: 123), es el encuentro de las mercancías en el mercado y su posibilidad de entrar en diálogo a través del elemento común del trabajo abstracto lo que la realiza, le posibilita ser mercancía, adquirir su esencia, realizarse como valor. Pero como en el encuentro directo las mercancías no llevan escrito en la frente lo que son, condensación de trabajo humano indiferenciado, se requiere de un elemento que permita ponerlas en diálogo, ya que en su concreción las mercancías hablan dialectos diferentes, lenguajes diferentes, satisfacen necesidades diferentes. Ese elemento común, ese lenguaje común es el dinero, el equivalente general. Como tal, el dinero tampoco es una cosa, un objeto, sino que es una relación social que adquiere características propias en el modo de producción capitalista en la medida que encarnan trabajo humano. Ahora bien, de la misma manera que nos vemos poseídos por el fetiche-Estado, también lo hacemos por el fetiche-dinero, lo que nos conduce a reconocer el valor de toda mercancía en él. Al encontrarse el dinero respaldado por el Estado, llegaríamos a admitir que el dinero determina el valor de las mercancías, borrando toda huella de trabajo humano y de relación social, es decir, de dominación social.

En síntesis, Marx reconoce tres dimensiones en la categoría *valor*: magnitud (tiempo de trabajo socialmente necesario), sustancia (trabajo abstracto) y forma (dinero). Pero estas tres dimensiones no son naturales o transhistóricas, sino que se encuentran inscritas en una determinada forma social donde el *valor* adquiere densidad como modalidad de las relaciones sociales mismas. Toda formación social se reproducía en base a un trabajo que se realizaba durante un lapso de tiempo determinado, conviniendo en determinados elementos para oficiar de moneda de intercambio. Pero no toda formación social se trabaja para intercambiar, donde el tiempo se constituye en un dispositivo maleable, manejable para intervenir sobre la productividad y el dinero articula los intercambios, encerrando el componente humano que se encuentra contenido en las relaciones entre las cosas.

Conclusión

En el orden social capitalista “lo que pone de relieve su carácter de valor [de una mercancía] es su propia relación con la otra mercancía” (Marx 2012:62), el valor queda reflejado en la relación entre mercancías, reflejo que se expresa a

través del intercambio y, por lo tanto, mediado por la forma-dinero. Esto indica que el trabajo humano queda oculto, el fetichismo de la mercancía vela el trabajo humano que las mismas contienen, el carácter de relación social del *valor* y su apariencia de cosa. El valor es una relación social, pero como tal no es posible señalarla materialmente diciendo “ahí está el *valor!*”. En todo caso, vale señalar que el *valor* es inmaterial pero es objetivo, así como la gravedad es inmaterial pero es objetiva. Si tendríamos que responder a la pregunta qué es el *valor*, diríamos que es tiempo de trabajo socialmente necesario objetivado en una mercancía. El *valor* no es una cosa, es una relación social en la medida que involucra la organización del trabajo y el tiempo a escala planetaria, lo que iguala a todas las mercancías y las hace intercambiables. Al mismo tiempo, el *valor* es en tanto se encuentra en movimiento, es decir, en el proceso de valorización y en el de realización del valor, en otras palabras, en cuanto se continúa trabajando, produciendo, reviviendo el trabajo muerto y objetivado en medios de producción por medio del trabajo vivo y subjetivo. El *valor* es tal porque lo reconocemos en un proceso de valorización, está siempre en movimiento.

Es a partir de esto que nos permitimos pensar el *valor* como el pegamento de la sociedad, la malla de poder que articula la sociedad, el elemento político inmaterial, abstracto, impersonal que ordena y regula las relaciones sociales. De manera muy elegante Marx señala: “Se dijo y se puede volver a decir que la belleza y la grandeza de este sistema residen precisamente en este metabolismo material y espiritual, en esta conexión que se crea naturalmente, en forma independiente del saber y de la voluntad de los individuos, y que presupone precisamente su indiferencia y su independencia recíprocas” (2011a: 89), una independencia e indiferencia directa entre las personas, la ausencia de vínculos de dependencia directa entre las personas, pero que tiene como contraparte la dependencia a las estructuras abstractas del *valor*; la subordinación al proceso de producción social.

El orden social capitalista se sostiene sobre una compleja estructura de poder, donde el *valor* oficia como el elemento más imperceptible de la misma. En tanto y en cuanto continuemos pensando el poder en términos institucionales y bajo la matriz de la teoría de la soberanía, se nos escapan mecánicas vertebrales que estructuran el orden político y social actual. Si ello pasara, nuestra principal debilidad no será sólo de carácter teórico-conceptual, sino de carácter político-estratégico.

Bibliografía

- BORÓN, Atilio (2009). *Aristóteles en Macondo*. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina. Córdoba: Editorial Espartaco.
- CLEAVER, Harry (1985). *Una lectura política de 'El Capital'*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel (2000). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2010). *Forma-valor y forma-comunidad. Aproximaciones teórico-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu Universal*. Buenos Aires: Prometeo.
- GUEVARA, Ernesto (1988). *El socialismo y el hombre en Cuba*. Editorial Política: La Habana.
- HARVEY, David (2014). *Guía de El Capital de Marx*. Libro primero. Madrid: Akal.
- KOHAN, Nestor (2014). Orden / Énfasis en El Capital. In: AA.VV. *¿Para qué sirve El Capital? Un balance contemporáneo de la obra principal de Karl Marx*. Caracas: Trinchera.
- MARX, Karl (2012). *El Capital. Tomo I. El proceso de producción del capital*. Argentina: Siglo XXI.
- _____ (2009). *El Capital. Tomo II. El proceso de circulación del capital*. México: Siglo XXI.
- _____ (2011a). *Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858. Volumen 1*. México: Siglo XXI.
- _____ (2011b). *Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858. Volumen 2*. México: Siglo XXI.
- _____ (1973). Trabajo asalariado y capital. In: MARX, Carlos. *Trabajo asalariado y capital-Salario, precio y ganancia*, Buenos Aires, Editorial Anteo.
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico (1973). *Obras escogidas. Tomo VIII. Correspondencia*. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre.
- POSTONE, Moishe (2006). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Barcelona-Madrid: Marcial Pons.
- RUBIN, Isaak Illich (1974). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente, 53.